

## GUÍA PARA LA LECTURA

PUBLICADA EN LA EDICIÓN DE LA CARTA ENCÍCLICA *LAUDATO SI'* (ALABADO SEAS) DEL PAPA FRANCISCO POR EDIZIONI SAN PAOLO, CINISELLO BALSAMO (MILÁN) 2015.

El Santo Padre Francisco, al final de esta Encíclica, antes de proponer las dos plegarias finales (hermosa y trascendental la *Pregiera per la nostra terra - Plegaria por nuestra tierra*) en el n° 246), sostiene haber realizado una «reflexión alegre y dramática a su vez». He de decir, sin embargo, que prevalece el júbilo -y lo afirmo como lector no creyente-, si bien las condiciones son profundamente dolorosas. Es el júbilo de poder creer en un cambio revolucionario, en una nueva humanidad. Es el júbilo que prodigan las palabras de Francisco, llenas de esperanza incluso cuando describen los infames desastres en los que nos hemos sumido.

En efecto, esta Encíclica es ante todo una dura pero objetiva toma de conciencia sobre la realidad de nuestra casa común, la tierra con su Creación. Es lucidísima en su análisis del daño que hemos hecho a las cosas y a las personas al establecer nuestros modelos de desarrollo de manera insensata, dejando que nuestra política sucumbiese a la economía, y la economía a la tecnología.

En su primera parte el escrito es un resumen perfecto, muy educativo, de la situación en que se encuentra el mundo: contaminación y cambio climático, la cuestión del agua, la pérdida de biodiversidad con las consecuencias del deterioro de la calidad de la vida humana, la degradación social, la difusión de la iniquidad en un mar de indiferencia y de presunta impotencia. Un panorama que no deja lugar a dudas, ni siquiera científicas: «En muchas cuestiones concretas la Iglesia no tiene razón alguna para proponer una palabra definitiva, y comprende que ha de escuchar y promover un diálogo honrado entre los científicos, respetando la diversidad de opinión. Pero basta con mirar a la realidad sinceramente para ver que existe una gran deterioro de nuestra casa común» (n° 61). Nos habla de la realidad de manera cruda pero no interpretable, y de la realidad, a la que repetidas veces y de manera nada casual la Encíclica se ancla, parte para las consideraciones sucesivas.

Saber mirar, con la misma capacidad de sorpresa y ternura por la belleza de la Creación propia de San Francisco –esta grandeza se refleja por completo en el título *Laudato si'* (Alabado seas) - que quiere también decir saber captar un estado humano ya no adecuado a la casa común, y afondar en nuestro tiempo plenamente. El llamamiento a «cultivar y custodiar», tal y como está escrito en el Génesis (2,15), citado en diversas ocasiones en las páginas siguientes, es a su vez una referencia a algo antiguo y ancestral, que desde el comienzo de los tiempos nos requiere vivir con equilibrio nuestra naturaleza más profunda de seres humanos. Mientras tanto, se convierte en un compromiso revolucionario para el futuro. No cabe duda de que estas palabras representan uno de los momentos de inflexión más importantes en la historia de la Iglesia, y sobre todo de la humanidad.

La novedad radica ante todo en el mensaje ciertamente universal del que se hace portador Francisco: él, como no ha dejado de afirmar desde los primeros pasos de su pontificado, tiene la intención de hablar igualmente a quienes profesan otros credos y a los no creyentes, y lo hace eligiendo un tema tan actual, pero a su vez atemporal, eterno porque en verdad trasciende la vida terrena del hombre. Francisco se dirige a todos, como hiciera Juan XXIII en *Pacem in terris* en 1963, que dedicó lo escrito «a todos los hombres de buena voluntad». Fuerte es el llamamiento al diálogo entre religiones, entre ciencia y religión, entre saberes tecnológicos (y tecnocráticos) y sabidurías antiguas, entre paradigmas y entre todos los hombres. Nadie ha de sentirse excluido de las palabras del Santo Padre: nadie puede permanecer indiferente frente a la descripción de la dramática realidad en la que se ha inmerso. Hemos de «sentirnos unidos por una misma preocupación » (n° 7).

No son pocos los hombres de ciencia que han presagiado un futuro de la Tierra en el que, antes o después, la raza humana se extinguirá si sigue consumiendo más recursos de los que dispone la naturaleza. Por otra parte, el Papa Francisco escribe también: «si alguien observara la sociedad planetaria desde el exterior, se sorprendería frente a un comportamiento que a veces parece suicida» (n° 55). Estos científicos están también de acuerdo cuando dicen que, sin embargo, el fin de la humanidad no significaría el fin del planeta, la biosfera sobreviviría a la especie humana sin demasiado esfuerzo, aplicando los ajustes necesarios a su complejo sistema de interacción entre seres vivos, sean estos vegetales o animales. «Nosotros no somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada» (n° 67). Por una parte, la hipótesis de la

extinción humana, que no considero del todo improbable, nos hace intuir como, incluso para quien vive una dimensión espiritual diferente, la vida terrena ha de ser reconducida imperiosamente hacia una orientación renovada frente a la historia del mundo. Por otra, todo ello nos insta, indistintamente, a interactuar de manera más responsable con el resto de las especies vivientes.

Se trata de un paso improrrogable para hacer recíprocamente fructífera nuestra existencia en este planeta, para preservarlo a favor de las generaciones futuras, pero sobre todo de la Creación misma: un sistema tan complejo como para no ser aún conocido por completo por el hombre, en el que lo indemostrable –según los medios científicos de que disponemos- tiene todavía un peso decisivo en el orden de las cosas, misterioso para quien no cree y que concierne a la propia intimidad y a la fe para los creyentes, caracterizado no obstante por una belleza que nos amarra a nuestra responsabilidad. Francisco habla de belleza repetidamente como criterio estético y espiritual que ha de guiar nuestra ética y nuestra política. La misma belleza que canta san Francisco, el *Pobrecillo* de Asís.

En la exhortación a cultivar y custodiar, más allá de un histórico sentido filosófico y teológico contenido en la definición de «ecología integral» - algo atemporal que nos exige trabajar para construir un nuevo humanismo y cambiar los paradigmas dominantes- se entrevén asimismo algunas cuestiones apremiantes que se pueden definir políticas: son de un calado tal que nos impelen sin muchas posibilidades de elección a un cambio radical, que debe renovar tanto al hombre como a las cosas hechas por el hombre. En el texto de Francisco no faltan referencias clarísimas y transparentes a un sistema tecno-financiero que no funciona, y que demuestra cada día su incompatibilidad con una sociedad armónica y justa. No solo eso, sino también la centralidad de la política, entendida como la capacidad de diseñar el mundo que queremos y de tomar las decisiones necesarias para realizarlo, se ve reafirmada por el Santo Padre justo en un momento histórico en el que la búsqueda casi espasmódica del beneficio impide que los gobernantes tomen decisiones con visión de futuro, de largo alcance, capaces de imaginar un futuro más allá de los plazos electorales. «Hay más tiempo que espacio», confirma Francisco citando su *Evangelii gaudium*, pero la política no parece haberse dado cuenta.

Ciertamente, hablar de una ecología que comienza en nuestro interior y reverbera con toda su potencia hacia el exterior con acciones concretas que conduzcan a la paz y al bienestar pleno y compartido por todos y por todo, nos hace contemplar sin filtros la depauperación que hemos causado a los recursos naturales, a las posibilidades futuras que nos negamos a nosotros mismos, al envilecimiento de nuestra existencia.

En este sombrío panorama, que ha reducido la condición humana a algo miserable, sea para los muchos que viven en la pobreza, sea para quienes viven rodeados de riquezas pero han perdido el sentido de un auténtico bienestar interior y social por completo, prevalecen las que los sociólogos han definido como “relaciones pobres”: meras relaciones utilitaristas entre el hombre y las cosas, pero también entre los mismos hombres. Mientras una cosa –o un ser vivo o, desafortunadamente una persona - sirva para un fin concreto y me de aquello que yo quiero, lo usaré o mantendré una relación con él/ ello. En el momento en que esa necesidad no se vea satisfecha, la cosa, el ser o la persona, será descartado, se arrojará, se terminará la relación. Es la cultura del descarte, el consumismo que intenta llenar nuestros vacíos. Es lo que hacemos con la naturaleza, pero también con nuestros hermanos y hermanas que mueren de hambre y malnutrición, que sufren la pobreza, con quienes no tenemos una relación directa y no nos pueden dar nada que consideremos necesario: su hambre y su situación pasan a ser ante nuestros ojos algo fatalmente inevitable, algo que pertenece al mundo y no se puede cambiar, como si fuera casi una cuestión de buena o mala suerte. Algo tolerable, en pocas palabras, lo que resulta escalofriante. Significa que la ruptura corre el riesgo de ser irremediable: «Descuidar el compromiso de cultivar y mantener una relación correcta con el prójimo, hacia el cual tengo un deber de atención y de custodia, destruye mi relación conmigo mismo, con los otros, con Dios y con la tierra. Cuando todas estas relaciones se descuidan, cuando la justicia no habita más sobre la tierra, la Biblia nos dice que toda la vida está en peligro» (n° 70).

La Encíclica nos pide empezar desde los recursos, desde la tierra, el agua, la agricultura y la alimentación, o sea de una inspiración ecológica que incluye directamente también al hombre y no puede tolerar las injusticias que perpetramos, tanto a la naturaleza como a nuestros hermanos y hermanas. Una nueva ecología que viene de antaño, que encontramos ya incluso en los textos bíblicos –«En (estas) historias tan antiguas, cargadas de un profundo simbolismo,

se encontraba ya una convicción que se escucha aún hoy en día: que todo está relacionado y que el verdadero cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, de la justicia y de la fidelidad con los demás» (n° 70) –y que hoy nos requiere una «conversión» (n° 216). Por otra parte, incluso las revoluciones relativamente recientes, como la Francesa, junto a la libertad y la igualdad profesaban el valor de la fraternidad. Con el tiempo, con la historia, este último valor se ha olvidado y la fraternidad se ha convertido en la hermana pobre de la libertad y la igualdad. La menos considerada es aquella en cuyo nombre se han llevado a cabo menos batallas sociales. Un error pues sin fraternidad no hay ni libertad ni igualdad, la fraternidad es algo totalmente fundamental.

Esta es la «ecología integral»: ambiental, económica, social, cultural, de la vida cotidiana, que protege el bien común y sabe mirar hacia el futuro. «Custodiar a la gente, cuidar de todos, de toda persona, con amor, especialmente de los niños, de los ancianos, de quienes son más frágiles y se hallan con frecuencia en la periferia de nuestro corazón», como ha dicho Francisco en su Homilía para el comienzo del Ministerio Petriño. Y aquí llegamos verdaderamente a la política: la exhortación de Francisco es históricamente casi inédita porque puede remover las conciencias, y no solo del mundo cristiano. Ciertamente: hace falta una movilización de todas las almas, un movimiento global de opinión que tome en sus manos finalmente las desigualdades humanas y ecológicas y se plantee resolverlas en interés del género humano. Estoy seguro de que no solo el mundo cristiano responderá positivamente, sino también gran parte del resto de la humanidad. Quien cree, quien profesa otras religiones u otras formas de espiritualidad, no puede permanecer indiferente, y al mismo tiempo, la invitación al mundo de los ecologistas a unirse y dejar a un lado las contraposiciones ideológicas exhorta a una unión realmente universal, incluso con la parte laica de la humanidad que tantas luchas ha conducido en nombre de algunos de los principios que Francisco nos recuerda.

En particular, y el Papa lo ha remarcado en su intervención en la FAO del 11 de junio pasado, el escándalo del hambre clama venganza, un escándalo sin resolver no obstante el compromiso de organizaciones internacionales. Las causas del hambre y de la malnutrición en el mundo son hoy, ante los ojos de todos, más o menos evidentes, dependen de una perversa e injusta distribución de los recursos, de la depredación realizada por algunas sociedades y naciones en detrimento de otras, de las guerras, de una falta generalizada de fraternidad entre

los hombres y las mujeres, cegados por la ilusión de dominar a la naturaleza y a los más débiles, persiguiendo una forma de bienestar material que se ha traducido en eso que se llama consumismo con su ideología consumista. En pocas palabras, falta la «ecología integral». El compromiso de garantizar a todos el derecho a la alimentación y al agua (en esta Encíclica la acusación contra quien privatiza este recurso es inapelable: cfr n° 30) tiene que ser la misión principal del nuevo humanismo que auspicia Francisco. Uno no puede sino suscribirse a esto.

Podría parecer un compromiso enorme, pero las palabras del Papa nos hacen entender cómo también con pequeñas acciones, en nuestra cotidianidad, se puede influir. Educarse en un nuevo estilo de vida, promover un paradigma diferente, el «decrecimiento» para quien objetivamente tiene demasiado y la sobriedad como valor universal, es tarea de cada uno. Y no faltan, ciertamente, los ejemplos a los que remitirse. Lo más interesante es que necesitamos precisamente partir de los más humildes: no solo para defenderlos y ampararlos, sino observando cómo se comportan, cómo viven el mundo no obstante las dificultades. Si pienso en el mundo campesino observo que en los campos de todo el mundo, donde habitan muchos de aquellos que sufren, nos encontramos ante tantos ancianos guardianes de los saberes y de los conocimientos agrícolas sostenibles; las mujeres, que no solo cocinan y preparan los alimentos sino que son quienes más trabajan en los campos, en muchos países asumiendo las tareas más agotadoras; veo a los jóvenes que regresan a la tierra y que no abandonan su territorio para continuar cultivándolo y custodiándolo; los aborígenes, a quienes el Santo Padre dedica páginas preciosas en esta Encíclica (como en el n° 146), que con sus cosmogonías son maestros en cultivar una relación armoniosa con la naturaleza que los rodea y con los recursos que tienen a su disposición. Los humildes son los más cercanos a la tierra: lo dice asimismo la etimología de la palabra, *humus*, y del sánscrito *bhumi* del que procede la criatura de la tierra *bhuman*, el humano. Y son además, dice Francisco, los más cercanos a Dios. También los pobres y dolientes han de ser escuchados. De Job (7,5-7): «Mi carne está cubierta de gusanos y de una costra de tierra, mi piel se endurece y supura. Mis días pasan más veloces que la lanzadera, y llegan a su fin sin esperanza. Recuerda, oh Dios, que mi vida es un soplo, mis ojos no volverán a ver el bien». Es casi inútil recordar que la referencia a esta velocidad que impide a los ojos ver el bien es exactamente lo que ha sucedido en la frenética sociedad de consumo en la que vivimos, correr para satisfacer necesidades efímeras perdiendo de vista nuestras responsabilidades, la lucidez al decidir –cada compra de alimentos es de una

importancia crucial, porque lo que comemos orienta lo que cultivamos, y cómo cultivamos, de qué somos guardianes y cómo lo protegemos- así como la capacidad de escuchar a los demás. Todo esto nos hace sordos y ciegos, tolerantes a los estragos que se realizan hacia la Creación y hacia los demás.

La exhortación de Francisco, demoledora, se espera que pueda movilizar concretamente almas y cuerpos, y tiene buenas posibilidades de conseguirlo sobre todo porque el llamamiento en las últimas páginas es explícito. El Santo Padre no es el único, si bien sí el más influyente de todos, que ha emitido llamamientos para el cuidado del ambiente, la salvaguardia y los modelos de desarrollo respetuosos con la tierra. Su voz, límpida y lúcida en la hondura del mensaje, rica de prosa educada y firme, se une y corrobora a la de tantos seres comprometidos con la tarea de cambiar el sistema técnico-económico dominante y el político que está debajo. Es hora de que el llamamiento sirva no solo para reflexionar sobre nuestra condición, sino que nos impulse a actuar, desde lo particular hasta lo global, sin vacilación. El cambio incide en nuestro ser y las acciones que tendrían que seguir vienen dadas –como decíamos- de nuestras elecciones cotidianas, relacionadas con el tener, hasta generar una onda que obligue a quienes tienen más poder a poner en práctica todas las iniciativas necesarias para un cambio de rumbo. En el capítulo quinto: «Algunas líneas de orientación y de acción» (n° 163-201), Francisco habla del irrenunciable valor de las políticas locales, pero también de las responsabilidades, tan a menudo desatendidas, de la política internacional; propone nuevos sistemas para gobernar el mundo de manera compartida y más orientada hacia la concreción, solicita diálogo y transparencia en los procesos de decisión.

Creo que esta Encíclica disgustará a muchos poderosos (por ejemplo, con la referencia a los monocultivos, al poder de las multinacionales de la alimentación y de las semillas, la reflexión sobre los OGM), y por eso será duramente criticada por algunos, pero es lo que una multitud enorme de seres humanos pedía y esperaba (era necesario) para imprimir nuevas fuerzas y luces en el camino hacia el cambio que, naturalmente, no podrá verificarse sin la oposición de quien defiende el status quo. El tema ha sido tratado también por otros Papas y en otros documentos en el pasado (la referencia a Juan Pablo II y Benedicto XVI es constante; significativa la citación continua de las Conferencias Episcopales de todas las partes del mundo), así como ya compartida por otras confesiones (la referencia al Patriarca Bartolomeo

es clara y aparece en las premisas introductorias en el n° 8), pero nunca así de puntualmente abordada en un mensaje de la categoría de una Encíclica. Es una “reconexión” entre el hombre y la Creación, restablecer una relación que se ha interrumpido, quizá por algunas interpretaciones precedentes de la doctrina. Creer que el hombre debe dominar la naturaleza, y disponer de ella a su antojo, no debe inducir a pensar que esta actitud permite todo tipo de estragos. Siendo verdad que la naturaleza humana es diferente de la vegetal o animal, es igualmente verdad que el contexto en que el hombre se halla es un sistema compuesto de conexiones evidentes u ocultas, entendidas o misteriosas. Preservar, custodiar y cultivar este sistema es nuestro deber porque es nuestro interés: supervivencia, existencia, plenitud de espíritu y, en definitiva, paz. Júbilo.

Invito a ahondar entre las páginas siguientes el sentido de esta paz, este júbilo del que nos habla el Santo Padre. Vale para todos en cuanto humanos. Y después de haber leído, armados con esta alegría y ya no aturdidos por el dramatismo de la denuncia, surgirá la necesidad de construir, de «cultivar y custodiar», precisamente. Volviendo a San Francisco, a él ha sido atribuida una frase que me parece colofón perfecto para cualquier disquisición en torno a este escrito del Santo Padre: «Comienza haciendo lo que es necesario, después lo que es posible, y de repente te encontrarás haciendo lo imposible». Nada nos ha de asustar en esta tarea a la que hemos sido llamados, creyentes y no creyentes. Si se nos muestra imposible, al realizarla nos asombraremos con el mismo sentimiento de sorpresa que se experimenta ante la contemplación de lo Creado, de la belleza. Restableceremos una relación armónica con la naturaleza, nos sentiremos parte de ella, y nada nos será impedido; en la sobriedad, en la puesta en valor de las diversidades humanas y naturales, también conseguiremos acabar con el hambre y la malnutrición y, tarea aún mayor, reencontraremos una paz entre todos los hombres y las mujeres que nos restituirá un renovado sentimiento y un renovado placer de saber estar en el mundo.

CARLO PETRINI

*Presidente y fundador de Slow Food*

TRADUCCIÓN Juan Bureo

EDICIÓN Alicia Bogarán Pedraz